

namiento creciente; la Francia, la Alemania y la Italia se dividían en infinidad de pequeños Estados, esperando el día de la reunión y de la unidad. Detengámonos un instante en ese desmembramiento de la Francia, para explicarnos la disolución del imperio carolingio.

### N.º 3.—Las provincias.

#### a) La Borgoña.

La Borgoña conservó su nombre y sus instituciones, después de haber perdido sus reyes (1). Dividida y subdividida muchas veces, conservó, sin embargo, una especie de vida individual; el recuerdo de su antigua independencia y el influjo del elemento romano, muy poderoso en el Mediodía, impidieron que fuese absorbida por los conquistadores. Los Borgoñones se aprovecharon de las luchas violentas de la Neustria y la Austrasia para recobrar su nacionalidad. Carlos Martel los sometió de nuevo a la dominación de los Francos; pero cuando el imperio carolingio se desmembró, la ambición de los condes se apoyó en las antipatías de raza para restablecer el reino de Borgoña. Rodolfo, de la familia de los Guelfos, ocupó las provincias situadas entre el Jura y los Alpes; y reuniendo en San Mauricio sobre el Ródano los grandes del Estado, eclesiásticos y seglares, tomó con su asentimiento el título de rey. Los Carolingios trataron en vano de combatir al usurpador, que buscó su seguridad en montañas inaccesibles.

El recuerdo de la antigua independencia se perpetuó y no dejó de ejercer influencia en el poderoso ducado de Borgoña. Pero los Borgoñones no tenían un principio de vida propio; confundíendose con los otros Galo-Romanos por sus costumbres y su idioma, acabaron por fundirse con todos ellos en la grande unidad francesa. Era, pues, la Borgoña una de esas falsas nacionalidades que suelen durar siglos, pero que son absorbidas necesariamente por el pueblo a que están unidas por el territorio, la raza y el genio.

#### b) La Bretaña.

La Bretaña se sustrajo a la influencia de la conquista franca; el elemento céltico que allí do-

minaba, fortificado con la inmigración de los Bretones arrojados de Inglaterra, tuvo fuerza bastante para resistir a los conquistadores de las Galias. Verdad es que, según los cronistas, Clovis sometió la Bretaña: "Desde entonces, dice Gregorio de Tours, estuvo siempre bajo el poder de los Francos, y sus jefes se llamaban condes, pero no reyes" (1). Pero esos jefes eran nacionales y hereditarios, y su dependencia era puramente nominal: nunca se ve a los Bretones figurar en los ejércitos francos, ni a los reyes francos ejercer actos de soberanía en la Bretaña (2). Las relaciones entre los dos pueblos continuaron hostiles, y todos los años los Bretones invadían el territorio de los Francos. Por la época en que maduraba el fruto de las viñas se lanzaban sobre el país de Nantes y de Rennes, hacían la vendimia, prensaban la uva y se llevaban el mosto como un trofeo para su tierra salvaje; otros años dejaban el cuidado de la recolección a los Francos, y venían sólo a buscar el vino ya elaborado; cuando el fruto era escaso, se lo comían en los viñedos (3).

Los Bretones llegaron hasta hacer conquistas sobre los mismos conquistadores de la Galia: Nantes y Rennes fueron agregadas a la Bretaña. En los cronistas se lee que su rey, atemorizado con el poder de Dagoberto, se le sometió; pero en medio de las guerras civiles que en tiempo de los Merovingios desgarraron las Galias, fué fácil a los Bretones recobrar su independencia, si es que la habían perdido alguna vez. Al advenimiento de los Carolingios se encendió otra vez entre los Francos el vehemente deseo de conquistas: se dice que Pipino sometió toda la Bretaña, lo cual no impidió a los Bretones reivindicar su independencia contra el hijo de aquél, el poderoso Carlo-Magno. Quedó el triunfo por los Francos, pero los vencidos conservaron su libertad, y a cada reinado renacía la guerra. La expedición de Luis el Bondadoso ha sido cantada por un poeta, y la hostilidad de las dos razas, fomentada por el continuo merodeo, se descubre en el retrato que Arnoldo el Negro hace de los Bretones: "Es una nación soberbia, mentirosa, intratable y mala. Todo lo que tiene de cristiana es el nombre; ni tiene la fe,

(1) GREG. TURON., IV. 4.

(2) MLLÉ. LÉZARDIÈRE, *Obr. cit.*, t. II, p. 11.

(3) FAURIEL, *Obr. cit.*, t. II, p. 329.

ni el culto, ni las obras; entre ellos no hay persona alguna que cuide de las viudas, de los huérfanos y de las iglesias. Tienen su domicilio entre las matas, su guarida en los bosques, y se complacen en vivir de rapiñas como los animales carnívoros" (1). Los Francos quedaron victoriosos; pero seis años después de haber conquistado la Bretaña, Luis el Bondadoso se vió obligado a emprender de nuevo la campaña contra los "pérfidos Bretones" (2).

Pasaba, sin embargo, la Bretaña por una dependencia del imperio carolingio, y en el tratado de Verdun suena como adjudicada a Carlos el Calvo. Pero este rey, tan débil como ambicioso, trató inútilmente de que su autoridad fuese reconocida por los Bretones; el anillo que los unía al reino era puramente feudal. La Bretaña tenía, para formar un Estado aparte, un principio que faltaba al resto de la Galia: la raza céltica se había mantenido allí en toda su pureza: una existencia secular bajo un régimen común no ha podido borrar el carácter primitivo de esa parte de la Francia.

#### c) La Aquitania.—La Provenza.—Desmembramiento general.

Los cronistas dicen que Clodoveo conquistó toda la Aquitania. Pero esa conquista se parece a la de la Bretaña: los Francos recorrían el país, merodeaban, talaban, después repasaban el Loira cargados de botín, llevando consigo manadas de esclavos; pero apenas habían dejado el país, todo volvía a continuar como antes: era una incursión de Bárbaros y no una ocupación. Los habitantes del Mediodía de la Galia estaban apegados a la civilización romana más aún que los habitantes de la Neustria: los cronistas les dan el nombre de Romanos. Por eso mismo la antipatía contra la dominación bárbara debía ser más fuerte al Sur del Loira. El odio contra los Francos estalló en conspiraciones y en insurrecciones. En tiempo de los hijos de Clodoveo se sublevaron los Aquitanos contra los Bárbaros; la conspiración de Chramuca contra su padre era una tentativa, por parte de aquéllos, para constituirse en reino independiente, y la

oscura intriga que llevó adelante un pretendido hijo de Clotario I, educado en Constantinopla, tenía aquel mismo objeto. Desesperando ya de recobrar su antigua existencia, los Galo-Romanos, al intento de separarse del imperio de los Francos, pusieron a su frente un miembro de la raza cabelluda, el cual, aislado en medio de una población extranjera, no podía menos de identificarse con las poblaciones del Mediodía. Hacia principios del siglo VIII, la Aquitania formaba un gran ducado bajo los príncipes merovingios, pero independiente de la dominación franca, aprovechando para ello las terribles luchas de la Neustria y la Austrasia, siempre en el propósito de robustecer su soberanía.

La victoria de Carlos Martel sobre los Austrasianos, y la más célebre aún contra los Árabes en los campos de Poitiers, empujaron a los Francos hacia el Mediodía. Carlos Martel trató duramente a las poblaciones romanas; puso fuego a las arenas de Nîmes, obra de Roma, y destruyó hasta los cimientos una ciudad de origen griego. Según la expresión de un cronista contemporáneo, los vencedores se llevaron delante de ellos a los habitantes del país como rebaños y atados como perros: fué aquella una nueva invasión de Bárbaros. Así y todo, la soberanía de los Francos continuó siendo nominal por todo el tiempo que los Aquitanos tuvieron a su frente sus duques nacionales, animados de un doble odio contra los Carolingios, odio del Romano contra el Bárbaro y del Merovingio contra el usurpador. Era tan profunda aquella antipatía, que hizo olvidar a los Aquitanos sus sentimientos cristianos y se aliaron a los Árabes contra los Francos. La Aquitania fué vencida, pero no sometida. Después de la muerte de Carlos Martel se reprodujo la lucha, que fué lucha a muerte; unas cuantas provincias combatieron, durante nueve años, contra todas las fuerzas de los Francos, reunidas en las manos de Pipino. La guerra se hizo con un encarnizamiento tal como el que atestigua la resistencia desesperada que hicieron los habitantes: los Francos quemaron todo el país de Berry, árboles y casas; incendiaron el Lemosin, incendiaron también el Quercis, destruyendo por todas partes los viñedos que constituían la riqueza de la Aquitania. Pero los Aquitanos tuvieron que sucumbir.

Todavía no perdió la Aquitania, ni aún en tiempo de los Carolingios, la existencia separada que

(1) ERMOLDI NIGELLI, *de Rebus gestis Ludovici*, III, véase 43 y siguientes (PERTZ, t. II, p. 490). Trad. FAURIEL.

(2) EINHARDI *Annal. ad a. 824.*

(1) REGINON, *Chronie. ad a. 888* (PERTZ, I, 508).

se había creado bajo sus duques hereditarios, y continuó siendo un pueblo aparte en las Galias, distinto por su carácter, su lengua y su actitud política. La raza galo-romana resistió á la dominación carlovingia, resistencia y triunfo debidos al sentimiento nacional. Sin duda alguna que, en las conspiraciones é insurrecciones que agitaron el Mediodía, se mezclaba un elemento ménos puro que el de la nacionalidad: las ambiciones y los intereses locales jugaron un gran papel en el desmembramiento del imperio de Carlo-Magno. Pero la disolución era necesaria, y bien pronto sobrepusieron los límites de las antiguas divisiones territoriales. Los reyes carlovingios seguían titulándose reyes de los Aquitanos cuando ya no había Aquitania. La *Vasconia* formó un ducado aparte entre el Garona, los Pirineos y el mar; la *Marca de España* perdió este nombre para tomar el de *condado de Barcelona*. La *Septimania* se fraccionó en muchos condados ó vizcondados; el señorío de *Tolosa* vino á ser la potencia más brillante del Mediodía, y la *Auvernia* formó el último jiron del reino de Aquitania.

Por esa misma época, la disolución se hizo general en el imperio de Carlo-Magno: en 888, dice la *Crónica de Fulda*, "se levantaron en Europa un gran número de reyezuelos," (1). Uno de esos reinos, la Provenza, debe su origen á la ambición de una mujer, si hemos de creer las crónicas. Hermeingarda, mujer del conde Bozon, era hija del emperador Luis; desposada primero con el emperador de Constantinopla, se creía grandemente desgraciada por no ser más que condesa; para encontrarle gusto á la vida necesitaba, por lo ménos, ser reina (2). La ambición de Bozon corría parejas con la de su mujer, y se hizo ceñir la corona en una reunión de señores y de obispos. Tal empresa, calificada de tiranía por el clero franco, fué anatematizada por los cronistas de aquel país (3). Los reyes carlovingios se unieron contra el usurpador, y lanzaron las más terribles amenazas contra Bozon y sus cómplices; pero sus armas fueron tan impotentes como los anatemas de la Iglesia. ¿Qué fué lo que constituyó la fuerza de ese duque, rey de algunas provincias del gran imperio? El afecto de los pueblos, el sentimiento nacional y la debilidad de los principes carlovingios, impotentes para de-

(1) «Multi reguli in Europa excreveres» (PERTZ, I, 405).

(2) HINCMAI *Annal*, ad a. 879 (PERTZ, I, 512).

(3) *Annal. Fedastini*, ad a. 879, 880 (PERTZ, II, 197).

fender las poblaciones contra el vandalismo de los Sarracenos y de los Normandos (1).

Lo que pasó en Provenza se repitió en todas partes del imperio carlovingio. Los Bárbaros habían querido continuar la unidad romana, y sucumbieron en la empresa: el inmenso imperio no encontraba ya fuerzas bastantes para defenderse contra unas cuantas cuadrillas de bandoleros; era indispensable que el imperio se fraccionase para que la vida, que abandonaba ya á un cuerpo demasiado grande, renaciera en centros más estrechos. Así es que el fraccionamiento no se detuvo en los pequeños reinos que se levantaron sobre las ruinas de la dominación franca; aquellos mismos reinos fueron reemplazados por ducados, condados y baronías. Á fines del siglo IX, veintinueve provincias ó fragmentos de provincias se ven erigidas en pequeños Estados. El número de los reinos disminuye y el de las pequeñas soberanías aumenta hasta el infinito; nada ménos de cincuenta y cinco feudos se reparten la Francia á fines del siglo X. El fraccionamiento es definitivo; es el principio de una nueva época histórica.

Al mismo tiempo que el desmembramiento del imperio preparaba el feudalismo, se verificaba en las condiciones sociales un movimiento análogo de descomposición, principio de la jerarquía feudal. La antigüedad se había extinguido por el abuso de la esclavitud; sobrevivió ésta á la conquista, pero bajo la influencia de las instituciones y de las costumbres germánicas va á transformarse en servidumbre. Y este es el gran progreso que la Europa bárbara ha realizado; no se verificó sin mezcla de mal; al parecer, la condición de los hombres es más dependiente, más miserable que nunca; pero esa dependencia es el primer paso hácia la libertad y la igualdad (a).

## § II.—Las condiciones sociales.

### N.º 1.—Transformación de las clases sociales.

Los jurisconsultos romanos dividen los hom-

(1) Los grandes seculares y eclesiásticos, al elegir al hijo de Bozon rey de la Provenza, dicen que la sociedad se hallaba en disolución, atacada á la vez por turbulencias en el interior y por las incursiones de los paganos, Sarracenos y Normandos (PERTZ, *Legg.*, I, 558).

(a) Este determinismo fatalista para explicar el progreso es una teoría absurda y además funesta. Edgar Quinet la ha increpado como merecía en uno de sus opúsculos que lleva el título de *Filosofía de la historia de Francia*.—(N. del T.)

bres en libres y esclavos; los hombres libres se relacionan directamente con el Estado; en cuanto á los esclavos, no son personas. Se conocía también en la antigüedad la dependencia de hombre á hombre, las relaciones de cliente á patron; pero la clientela se transformó y se fundió en la ciudad, y las que allí dominan son las relaciones entre el ciudadano y el Estado. Otra cosa sucede entre los Germanos y el régimen que salió de la conquista; los vínculos entre el ciudadano y el Estado apenas son perceptibles; lo que predomina es la dependencia de individuo á individuo.

El afecto de un hombre á otro hombre, la consagración á la persona, forma el rasgo característico del *compañerismo* germánico; escuchemos á *Tácito*: "Cada jefe tiene una banda de gentes afectas á su persona, que le siguen por todas partes; y el signo de dignidad y de poder es el verse rodeado á todas horas de aquella multitud de jóvenes adictos; esto forma una especie de esplendoroso ornato en la paz, y es un baluarte en la guerra. El sobrepujar á los demas por el número y el denuedo de sus camaradas constituye la celebridad del jefe entre su nación y entre los pueblos vecinos," (1). *Montesquieu* ve en esa costumbre de los Germanos la institución del vasallaje. En realidad el *compañerismo* no es aún el vasallaje, pero ya se revela en él el genio que ha producido el feudalismo; el vínculo de hombre á hombre, la fe personal tienen más fuerza que las relaciones del ciudadano con el Estado y que las obligaciones para con la sociedad.

Después de la conquista, esas relaciones individuales tomaron mil formas: había hombres que contraían compromisos especiales para con el rey, que se sometían á sus órdenes y abdicaban su independencia; y esa situación, lejos de disminuir su condición de hombres libres, la realzaba: los *antitrustiones*, los *fielos* del rey (a), estaban asimilados

(1) TACIT., *German.*, c. 14.

(a) Ni una ni otra palabra se encuentran en nuestras Crónicas ni en el Fuero Juzgo Relativamente á España, al ocuparse de la condición de las personas durante esa época, lo mismo Campomán que Pacheco, y Romey como Herculano, convienen en que no se conocieron otros nombres para designar la que se podría llamar alta clase, que los de *Seniores*, *prepositi*, *primati*, *optimates*, nombres latinos tomados de los Romanos; el de *ingenuos*, para designar los hombres libres, y los de *siervos solariegos* ó *colonos adscripticios* para significar los diversos grados de dependencia de aquellos que no gozaban de libertad civil. Hay sobre la nomenclatura una confusión grande; pero en el fondo resulta lo que han opinado Campomán y Herculano: que entre los Visigodos, los hombres libres, fuese cual fuese su

á los magistrados (1). Esos mismos vínculos se establecieron después de individuo á individuo, y multiplicándose, engendraron el feudalismo. La dependencia personal que los Griegos y Romanos hubieran considerado como una marca de servidumbre, era un título de honor entre los Germanos; y la fidelidad y la consagración á la persona ennoblecían hasta los servicios más viles. El *vasallaje*, que desempeña tan gran papel bajo el régimen feudal, era en el principio un servicio doméstico. La *recomendación* era otra de las formas de aquellas relaciones: un guerrero elegía el jefe á quien consagraba su persona y su vida. Cuando á esas relaciones personales se unió la concesión de una tierra á título de *beneficio*, y con la obligación para el beneficiado de servir á su señor, el feudalismo se encontró constituido.

De este modo, el principio germánico de la dependencia personal tuvo por término el feudalismo. Bajo el régimen feudal, el Estado desaparece; todas las relaciones y todos los deberes se fundan en la fe ofrecida al señor. El sistema feudal ha caído, porque era vicioso en su esencia. Es imposible que exista la sociedad, si ésta no ejerce una acción directa sobre sus miembros. Y, por otra parte, el hombre debe estar libre de toda dependencia, excepto la del vínculo que le une á la sociedad. Tal era la idea de la antigüedad, y esa es la verdadera teoría del Estado. ¿Cómo es que desapareció durante siglos ante el concepto falso de los pueblos germanos? La esclavitud viciaba la organización social de los antiguos; la gran mayoría de los hombres estaba excluida de la sociedad civil y hasta de la sociedad humana; era necesario llegar á una organización en que no hubiese esclavos, en que todo hombre fuese libre y se relacionase directamente con el Estado. Tal es la condición de la Europa moderna. ¿Y cómo se ha verificado el paso de una sociedad fundada en la esclavitud á una

categoría, eran denominados *ingenuos* en lenguaje jurídico, y *siervos* los que no disfrutaban de libertad civil. Más tarde vinieron á reemplazar á estos nombres los de *ijosdalgo*—con el cual comienza á ostentarse lo que después se ha llamado clase noble—y de *villano* y *pechero*, en cuya denominación entran, así los antiguos hombres libres como los siervos de la gleba y los colonos: todos ellos pagaban, en lugar del antiguo *cánon* *rumentario*, la *moneda forera*, *foradera*, y los demás impuestos, gabelas y prestaciones que con esos y otros nombres vinieron después pesando exclusivamente sobre los hombres del *estado llano*. Eso sin hacer mérito de los títulos y nombres dados á los palaciegos.—(N. del T.)

(1) PARDESSUS, *Ley Sútica*, p. 487.